



NI AL AMOR NI AL MAR...

GLOSANDO el título de una de sus comedias, en la que ni al amor ni al mar se le pueden poner vallas, tampoco debemos limitar en la crítica la labor teatral de Benavente. Por algo, sus cincuenta años de teatro le dan justa celebridad, al personificar lo más genuino, en esta época, de nuestro arte dramático.

Si no es desdeñable el esfuerzo de otros autores contemporáneos, la uniformidad y constancia en su producción, la elegancia en el léxico, la limpieza emotiva de sus creaciones, llenan con creces el interés literario de su figura: mas aún siendo el valor máspreciado, su teatro no llega a la perfección suma, y su trayectoria aparece con altas y bajas en el juicio de sus contemporáneos. Tiene Benavente el mérito de romper con el medio ambiente que poderosamente se dejaba sentir —Echegaray legaba un teatro de sorpresas, de inquietud física, no espiritual, de intriga inarmónica—. El logra combatirlo, con una fina percepción del mundo social, sin aspavientos, adaptando al público, dejándose escuchar amablemente, sin fatigas. Sus personajes dialogan con gravedad, pero con garbo, sin precipitar los hechos, sin preocupar con sobresaltos, adentrándose en el diálogo con belleza expresiva. Rinde culto a las ideas, surgiendo sus creaciones de un juicio psicológico al estético, comprensivo mediante el lenguaje. Sabe elevar sus pasiones a la exacta concreción de la palabra.

Este juego externo que la retórica clásica lo agotaba con figuras exclamativas que llegaban al tópico, redundaba en beneficio de su arte con un análisis crítico de enorme valor en la palabra. Es por tanto esta justeza expresiva una soberbia cualidad en el dramaturgo.

El teatro, con todo, es acción; los personajes han de actuar con elementos vitales, reflejos de sus caracteres y ambiente, y muchas de las creaciones benaventinas no responden a su actividad pasional, decayendo ante la falsía de su percepción.

Por mucha elegancia intrínseca en su dialéctica, Benavente no logra convencer-nos, pese a lo correcto de su diálogo. Muchos de sus hombres, no se mueven con naturalidad, sino como réplicas a sus creaciones femeninas, superiores en vibración dramática. Su teatro femenino, por especial intuición, abunda en acertadas creaciones. El carácter de Señora Ama, es un verdadero tipo de comprensión. Su réplica en el hombre, está desdibujada y complementa sólo el gran carácter del principal papel.

Un ambiente exótico, de entrada y salida de una sociedad mixtificada, falta de verismo local, reflejado en su Noche del Sábado, logra humanizarse, sólo en aquellos arranques maternos, de escondida ternura y anhelo, por la hija, poéticamente relacionada en la trama escénica, salvándose su papel, entre personajes movidos con resortes de opereta.

Cualquiera de las mujeres de su teatro, rebasa en hondura de afectos a su antagonista. Podría argüirse, que la comedia más lograda, de todos conocida, personifica a una elevada categoría dramática, fiel representación de la comedia humana; mas su Crispín, es síntesis, si bien admirable, de muchos caracteres que pululan en todas las literaturas. No le tienta al autor el deseo de *recrearlo* y, cuando lo hace en segunda parte, el ingenio se agota y la farsa decae.

En su extensa obra, agudiza Benavente el sentido satírico, yendo directamente en muchas de sus comedias a reprender actuaciones de la sociedad de su tiempo, que al fin y al cabo viene a ser la de todas las épocas, dramatizando con honda visión social, muchos de los prejuicios e inconvenientes de una sociedad poco avenida con la moral cristiana, llena de resabios de linajes y falsos sentimientos hereditarios. Para su tiempo, esta clase de obras, en las que a veces se trasplantaba un hecho real y se reconocía a los personajes en la escena, caían en terreno abonado al comentario fácil y corrillo familiar y *visitero*.

Con ser mucho lo que le debemos a nuestro autor, tiene para nosotros, una dolorosa falta; su ausencia casi total, de poner a nuestro público en contacto con procedimientos y avances que hubieran encauzado en parte a una selección bien dispuesta a recoger cuantas innovaciones se lanzaban en los escenarios extranjeros. París no estaba tan lejos y las circunstancias hubieran favorecido la adopción de aquellas audacias de los Antoine, Reinhardt, Pitöeff, llegando modernamente a las *divinas locuras* de un Cocteau, o Paul Claudel ¿Cómo la fina observación de Benavente no intuyó para nuestro teatro una más modernizada estructura? Tiene en su haber, es cierto, la dignificación de nuestra escena, a la que contribuyó más que nadie la pareja inolvidable Guerrero-Mendoza. A veces, en su compañía, atiende invitaciones de allende el Pirineo, y un autor muy en boga, Paul Hervieu se asoma a nuestras tablas, bien conducido, pero aquella visita no pasa de un momento de correcta galantería.

Terminamos sentando nuestra posición primordial. No debíamos hacer reparos al mejor dramaturgo de nuestros tiempos. Su capacidad creadora salva del vulgarrismo una decadencia dolorosa. Benavente, simpatía en su persona, constructor elegante de sentimientos bellos, pulcro realizador de nuestras ambiciones poéticas en nuestros años mozos, merece ser evocado en todo momento como la figura grácil y fiel que supo dominar con su arte, las difíciles regiones por dónde caminan las verdaderas creaciones del pensamiento humano.

JUAN MARÍA LÓPEZ AGUILAR.

